

Descristianización: causas, consecuencias y retos

ÓSCAR MÉNDEZ

Resumen:

Asistimos hoy al fracaso del éxito de la modernidad: la abundancia material, la prolongación de la esperanza de vida y tantos otros progresos no parecen haber aportado más sentido ni felicidad a nuestra condición. Ha surgido un nuevo paradigma cultural despojado de toda referencia sobrenatural, fruto de una generación que se muestra intolerante contra el cristianismo en nombre de la tolerancia. Pero, de forma paradójica, cuando se elimina el componente de trascendencia, se encumbra lo antinatural, mientras lo natural queda sofocado.

Palabras clave:

Descristianización, increencia, deshumanización, individualismo, adicciones, nihilismo, indiferentismo.

Abstract:

Today we are witnessing the failure of the success of modernity: material prosperousness, longer life expectancy and so many other advances do not have brought more meaning and happiness to our condition. A new cultural paradigm has emerged, stripped of any supernatural reference, the fruit of a generation that is intolerant of Christianity in the name of tolerance. But, paradoxically, when the component of transcendence is eliminated, the unnatural is elevated, while the natural is suffocated.

Keywords:

De-Christianisation, unbelief, dehumanisation, individualism, addictions, nihilism, indifferentism.

1. INTRODUCCIÓN

Somos testigos privilegiados que asistimos a un cambio de rumbo histórico, a un nuevo paradigma de los objetivos y modalidades de la socialización en la que se observan signos claros de la decadencia y exacerbación de las consecuencias de la posmodernidad. Combinándose decadencia y radicalización, la sociedad descristianizada es aquella en la que reina la indiferencia de masas, donde predomina el sentimiento de estancamiento en que el futuro no se asimila ya a un progreso determinado.

Hoy no asistimos al fracaso de la modernidad, sino al fracaso de su éxito. Es un hecho constatable que la abundancia material, la prolongación de la esperanza de vida, el fin de las tiranías y tantos otros progresos no parecen haber aportado más sentido ni felicidad a nuestra condición.

El agotamiento del paradigma moderno está llevando al surgimiento de otro en el que parece que ninguna ideología logra entusiasmar a las masas, ningún proyecto histórico parece movilizador, va rigiendo una sensación de vacío a la deriva que se sobrelleva con la apoteosis del consumismo, la adicción a lo digital y un nuevo pensamiento de expansión del ego.

El nuevo pensamiento libre quiere que no haya nada sobrenatural, que no haya autoridad espiritual, que no haya jerarquía intelectual, moral o religiosa, que no haya Tradición. Una nueva generación que se muestra intolerante contra el cristianismo en nombre de la tolerancia. «En un mundo en el que la mentira es tan poderosa, la verdad se paga con el sufrimiento»¹.

Se debe a la falta de un cuidado de la interioridad, a la salud espiritual. Ya lo profetizó el gran Chesterton cuando afirmó: «Quitad lo sobrenatural y no tendréis lo natural, sino lo antinatural». También lo expresó De Lubac al afirmar: «Ya no hay hombre porque no hay nada que trascienda al hombre»².

La pérdida de una visión sobrenatural, de la fe o el eclipse de Dios conducen a la falta de sentido de la existencia. Lo tienen todo, pero les falta lo fundamental. Tienen una gran casa, pero no la roca firme en la que debiera haberse edificado, por lo que la sociedad se hunde en el más desesperado nihilismo fruto del relativismo individual.

Es la pérdida, ya no solo de la fe, sino de todo lo que necesariamente va unido a ella. La pérdida del sentido de la realidad, del sentido común, del ejercicio

¹ BENEDICTO XVI, *Dios y el mundo*, Debolsillo 2005, p. 43.

² HENRI DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo*, Madrid, 2008, p. 48.

de la razón. Se disuelven los criterios de lo verdadero y nada debe imponerse como duradero. La cultura descristianizada es descentrada, materialista, individualista, consumista, ecologista, espontánea y mundana³. Y en la que sobre todo predomina la increencia, la cual ha pasado a ser un fenómeno de masas.

La presencia de no creyentes en todos los estratos sociales es algo que goza de un reconocimiento social, cultural y político. Todo lo contrario del creyente. «Su relevancia cultural ha hecho que comience a hablarse del establecimiento de una cultura de la increencia»⁴. Es decir, que la increencia disfruta hoy de un influjo en la cultura y en la sociedad. Quienes hacen cultura y la dictan al gran público son por mayoría anticristianos militantes. Hemos pasado de una cultura confesante a una cultura devotamente increyente⁵.

La fidelidad al cristianismo ha sido hilo conductor de la historia de España y Europa, un proyecto sugestivo que permitió la forja de la nación como un sistema de incorporaciones. España junto con Europa es cristiana y occidental por vocación y no por inercia. Por ello aún persiste en la sociedad un sucedáneo de lo que fue, un cristianismo sin Dios, una caridad sin fe. Se da una vergüenza de la fe que nos conformó como nación. Solo un menguante 68,3% de los españoles se declara aún católico según el CIS de octubre de 2019⁶.

Para la mayoría de la población de los países que antaño fueron cristianos, lo único que va quedando de la religión son las festividades religiosas, pero solo nominalmente pues pocas conservan el sentido religioso que les dio origen. Por ejemplo, en la Navidad se va sustituyendo el Belén y sus figuras por los elfos y duendes. O cuando se les pregunta a los jóvenes si saben lo que es el Adviento, contestan que es un calendario de chocolate que venden los supermercados.

Los presupuestos de la cosmovisión católica ya no son comprensibles para el mundo en el que vivimos, le resultan ininteligibles.

Llama la atención cómo el relativo prestigio que goza la Iglesia desde fuera es solo cuando se la convierte en una ONG más y curiosamente, si por un lado no ha dejado de aumentar la acción humanitaria a través de Cáritas, por otro no

³ LIPOVETSKY, GILLES, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo moderno*.

⁴ VELASCO, JUAN MARTÍN, *Increencia y evangelización. Del diálogo al testimonio*, Sal Terrae, Santander 1988, p. 23.

⁵ «En nuestra época ha desaparecido en gran medida la fe como fuerza configuradora de la opinión pública. Se encuentra arrinconada por doquier en las llamadas subculturas». Joseph Ratzinger, *Cooperadores de la verdad*, Rialp, p. 300.

⁶ G. CALVO ZARRAUTE, *De la crisis de fe a la descomposición de España*, Madrid 2021, p. 220.

deja de disminuir la acción sacramental y catequética⁷. En ocasiones asistimos a un proceso de vaciamiento del contenido de la verdad católica a favor de conceptos difusos, abstractos, solidarios..., para disimular un anuncio explícito de la fe. Existe el peligro de que el catolicismo quede reducido a una vaga utopía sentimentalista y a una ideología.

La descristianización también es medible en datos objetivos. De todos es sabido y no es necesario ahondar en esos datos y estadísticas, como son: las crisis vocacionales, las comunidades religiosas con una media de edad de sesenta y ocho años que van desapareciendo por simple ley de vida o la triste realidad de muchos colegios católicos en los que progresivamente se ha ido dejando de predicar la fe y amoldándose a otros parámetros que poco tienen que ver con sus idearios fundacionales cristianos.

Uno de los factores que en los últimos años ha acelerado el proceso de descristianización ha sido la pandemia de la gripe del coronavirus, que ha culminado en un estado de miedo generalizado infundiendo temor y angustia y una mayor dependencia y sumisión al Estado. Sumado al fenómeno del confinamiento ilegal, han ido creando una sociedad más atomizada, apantallada, en la que cada individuo se encuentra asilado en una especie de burbuja artificial y cómoda en la que todo se hace desde casa, en un mundo aparte, independiente de los otros, lo cual va propiciando un desentendimiento y una especie de apatía social.

Y sin desarrollarlo para no alargar demasiado, otro factor también es la politización que va padeciendo la sociedad. En los últimos años la televisión opta por debates políticos mañana, tarde y noche machaconamente en los que implícita y explícitamente van destilando desasosiego, enfrentamiento, sectarismos, revanchas, indignación, desconfianzas, resucitar odios que ya se habían extinguido... Todo es politizado e ideologizado. Y entre los cuales la religión y la iglesia como institución siempre son objetivo de la diana.

Pero como enseña la filosofía tomista, no hay efecto sin causas. Todo esto no es extraño ni ha aparecido de la nada. Intentemos adentrarnos en algunos de los orígenes o causas que progresivamente han favorecido un proceso de descristianización y centrarnos en algunas de sus más importantes sintomatologías que constatan dicho proceso.

⁷ En algunos casos es triste comprobar cómo cae en saco roto el intento de crear una liturgia escolar más cercana y alegre para hacer la religión más atractiva a un alumnado que no tiene fe y que tampoco la quiere.

2. ORÍGEN

Para ello nos remontamos a la modernidad, sin encorsetarla en su delimitación cronológica. Entre los primeros precedentes, el filósofo Maquiavelo representa la ruptura ética con el principio de razón de estado en la que el fin justifica los medios. Una filosofía práctica que supuso toda una declaración de independencia con la ética.

Así también con Lutero se produce una cierta ruptura religiosa y cultural. Su «libre examen» de la Escritura abre la puerta al subjetivismo emocional y al voluntarismo religioso. Muy posteriormente se irán desarrollando las consecuencias como la separación entre la fe y la razón, entre las creencias y la vida, entre la verdad y la libertad...

La separación de fe y razón que inicia Ockham desemboca tanto en el fideísmo como en el racionalismo. Se da una ruptura con el nominalismo de Ockham y su escisión entre el ser y el pensar. Pensamiento que va a aumentar posteriormente con el subjetivismo de Descartes cuando afirmaba que no podemos conocer una realidad objetiva, sino que es una creación subjetiva de la mente humana. O el filósofo inglés David Hume, padre del escepticismo moderno, que creó las bases de la negación de la posibilidad del conocimiento de la verdad. «El primer gran filósofo que pierde el respeto a la tradición de la que procedía. Su lenguaje y los contenidos que defiende dejan muy atrás el bien trabado edificio de la teología natural y, por supuesto, de la teología revelada»⁸.

El racionalismo pretendía dar alas a la razón sacudiéndose el yugo de la fe. Por la sola razón el hombre debía llegar a las más altas esferas del conocimiento, a la elevada contemplación de lo verdadero, bueno y bello. Pero nada hacía sospechar en los albores del racionalismo que de la negación de Dios se pasaría a la negación de la razón. Pretendiendo liberar a la razón de la Revelación ha terminado por no creer siquiera en los filósofos. Baste comprobar el descrédito y arrinconamiento actual de la filosofía en el ámbito educativo, social y cultural. Hoy es sustituida por conocimientos volátiles y pragmáticos⁹.

La filosofía moderna suprimió la existencia de Dios pero mantuvo, como colgados en el aire, los preceptos morales¹⁰. Fue el gran intento de Enmanuel

⁸ FRAIJÓ, MANUEL, *Filosofía de la religión. Historia, contenidos, perspectivas*. Editorial Trota 2022, p. 19.

⁹ «La filosofía también corre el peligro de dividirse en glosas y prólogos si la mano de Dios no le da una suprema coherencia», PEMÁN, J.M., *Obras Completas* T. V p. 891.

¹⁰ Esta idea también la desarrolla Sarte cuando afirma en su obra *El ser y la nada*: «El ateísmo tranquilo de los filósofos racionalistas suprimió muy pocas cosas de Dios: sola-

Kant en su *Crítica de la razón práctica*. La razón se ha de imponer por sí misma, ha de traer la paz y el bien a la tierra por medio de leyes sabias, sin recurrir a divinidad alguna¹¹.

El racionalista no podrá concebir nunca la revelación como una intervención divina, exterior al hombre, puesto que niega la posibilidad de que Dios pueda intervenir en la historia. A lo sumo podrá aceptar que se trata de una intuición humana a la cual responde la fe. En consecuencia los dogmas de fe no podrán aceptarse como realidades objetivas exteriores al sujeto sino como expresiones simbólicas, metafóricas o poéticas de la realidad. La fe por tanto dejaría de ser una comunicación de la verdad divina al hombre, para limitarse a ser una postura ante la vida, una «experiencia». Al conocimiento objetivo le sustituye un conocimiento subjetivo, íntimo.

Para Kant lo que cuenta es el ideal moral propuesto por Cristo, pero no su persona. La teología protestante liberal del siglo XIX reduce prácticamente el cristianismo a la sola dimensión ética, a la experiencia sentimentalista, pietista de Dios.

Pero sin embargo, suprimida la existencia de Dios, debe caer por su base la existencia objetiva de esos preceptos superiores. La razón es incapaz de sustituir a Dios con verdades universales sin caer en un totalitarismo, como bien ha demostrado la historia.

Después de los horrores de las dos guerras mundiales, sostener que existe la Verdad es considerado dogmatismo; un error que condujo a la carnicería humana que fue la última guerra. «La Verdad» es un concepto que se va mirando con desconfianza, supone demasiada asertividad, demasiada convicción, demasiada identidad. «Considerar que existe realmente la verdad se califica de fundamentalismo. El relativismo aparece así como el fundamento de la democracia»¹².

Como reacción, poco a poco se va generando una cosmovisión que asociaba el progreso y la paz con los valores antitéticos: debilidad, permisividad, di-

mente su existencia, le queda al hombre de hoy suprimir lo demás para hacerse incinerar después de una vida de placer».

¹¹ Como sostiene Kant en *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1792), la obediencia a la razón sería la auténtica «religión de fe pura», universal y necesaria, superadora de las contingencias y particularismos históricos de las pretendidas religiones reveladas que, si no sirven de medio a la religión de la razón, son pura irreligión. En realidad se afirma que el hombre sería salvado por el hombre, sin necesidad de ningún otro redentor.

¹² PERA, MARCELINO y RATZINGER, J., *Sin raíces*, Ediciones Península, p. 30.

versidad, apertura, autocrítica, duda sistemática, transgresión... Se va creando la nueva verdad de lo «anti». Se inspira una sociedad caracterizada por un dogma básico: todo lo que es fuerte, lealtades fuertes, verdades fuertes, conduce a la opresión¹³.

Desde hace años se va imponiendo el fanatismo de la libertad, es decir, todo lo que tiene la etiqueta de libertad tiene la aureola de prestigio y que la transforma en sacrosanta. Es una exaltación irracional de la libertad como independencia y desvinculación de la moral natural y hasta de la propia biología.

«Si no existe la verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia»¹⁴.

El hombre actual, que perdió hace ya tiempo la fe en una explicación sobrenatural del mundo, vio fallar la concepción racionalista que había sustentado la sociedad desde la Modernidad. Ya no se siente dueño de una estructura universal. Concluye el posmodernismo que la realidad en que vivimos no es racional, sino un algo indeterminado existente, contingente, fáctico y por lo tanto irracional.

Al prescindir de Dios se elimina también la finalidad. La existencia del universo sería fruto de la casualidad. Solo se aboga por la existencia de lo concreto y existente, nada que aluda a lo trascendente. Por lo que hoy solo es valorada la ciencia como el saber por antonomasia, el saber realmente eficaz y objetivo. De ahí la tendencia cada vez más extensa de reducir la filosofía a una mera reflexión sobre el saber de la ciencia. Esto produce un endiosamiento de la ciencia como si de una religión sustitutiva se tratase¹⁵.

Fracasada la concepción del racionalismo, el ser humano se encuentra solo, con la angustiada percepción de la existencia y con un conocimiento meramente aproximativo, historicista de la realidad. El posmodernismo profesa la pura mundanidad, la única vinculación posible del ser es a la realidad contingente, finita y efímera en la que está inserto. Los hombres se convierten así en un enigma, en un sinsentido que va desarrollando una conciencia deshuma-

¹³ CALVO ZARRAUTE, GABRIEL, *De la crisis de fe a la descomposición de España*, Homo Legens 2021, p. 478.

¹⁴ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, nº 101.

¹⁵ Es muy significativo a este respecto una pancarta y un *tuit* que tuvo millones de visualizaciones y de *likes* que decía: «La pandemia nos ha enseñado dos cosas: que la religión no sirve para nada y que solo debemos confiar en la ciencia».

nizadora y es por ello por lo que empieza a cobrar fuerza el llamado posthumanismo.

3. SÍNTOMAS Y CONSECUENCIAS

Pasemos a considerar ahora algunos de los síntomas en los que más puede evidenciarse el proceso de descristianización que nos ocupa:

a) Moral

El cristianismo concibe los preceptos morales no como antojos divinos, sino como la expresión de aquello que objetivamente favorece la plenitud humana. Pero estos han sido hoy rechazados y sustituidos por una especie de moral laica que no termina aún de fraguar, sino que por el contrario, cada vez es más dispersa.

La ética y la moral han sido barridas poniendo en su lugar el pragmatismo que se declara independiente de todo principio inquebrantable. Hoy vivimos en un oscurecimiento de toda referencia moral, que siempre será vista como algo arcaico, impuesto, dogmático, y en consecuencia, rechazable. Por ello todo acto de evangelización pasa a convertirse en una práctica ofensiva, invasiva e intolerante.

Los juicios sobre lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, hace mucho tiempo que carecen de ninguna objetividad y validez universal. Hoy se sustituye la verdad por la ideología, provocando un reduccionismo de la realidad. Se desfigura o se oculta la verdad para vivir en una prefabricación que a la larga produce dificultad e inquietud¹⁶.

Hoy la nota dominante en casi todos los ámbitos es la mediocridad, la pusilanimidad, que significa el rechazo de la magnanimidad, de la grandeza y superioridad de ánimo. En el ámbito moral esta se comprueba con las nuevas relaciones amorosas efímeras, *líquidas*: ante la imposibilidad y el esfuerzo que demandan las metas altas y el compromiso, se normaliza la infidelidad o la utilización del cuerpo del otro sin ningún vínculo más que el mero consentimiento. Se consolida cada vez más en Europa la falta de un compromiso y crece el nú-

¹⁶ «Sin verdad no se puede obrar rectamente. Por eso la voluntad de verdad, la búsqueda humilde de la verdad, la disposición permanente a aprenderla es el supuesto fundamental de toda moral. Cuando la utilidad o el éxito se separan de la verdad, el mundo se desintegra en facciones, pues la utilidad depende siempre del punto de vista del agente», Joseph Ratzinger, *Cooperadores de la verdad*, Rialp, p. 290.

mero de parejas que desean vivir sin niños, *child-free*, que son sustituidos por una mascota. Y en muchas de las parejas que si tienen niños, en un alto porcentaje es educado por uno solo de los padres.

En la nueva moral afectiva predomina la relación instrumental con el otro, supeditada a los intereses más o menos calculados de la propia instintividad. Van siendo más comunes las relaciones de usar y tirar en el plano sexual, que se ajusta a la lógica del consumismo que impera en nuestra sociedad, pero aplicadas a las relaciones amorosas regidas por la elección a la carta propia de un ego narcicista incapaz de crear fundamentos sólidos y duraderos en la tan ansiada búsqueda de la satisfacción.

A la larga, este tipo de envilecimiento de las relaciones rebajadas a la categoría de objeto sexual deriva en una sucesión repetitiva y compulsiva que, irónicamente, va produciendo mayor insatisfacción. Es por ello por lo que cada vez han de ir siempre más lejos, con nuevas experiencias, nuevas combinaciones en una libre disposición del cuerpo, combinaciones con drogas... Todo sea para anestesiar la sensación de insatisfacción y hastío que produce este tipo de relaciones en las que ya no existe correlación entre sexo y amor.

En este y en otros niveles se comprueba el agotamiento de una sociedad desquiciada que está llegando a los límites de la mediocridad y del absurdo. Se da hoy una separación absoluta entre fe y vida o fe y moral. Es la independencia de lo verdadero y del bien con relación al ser.

La nueva moral ya no tendría un fundamento racional, sería una mera interiorización de nuevas normas colectivas surgidas muchas de ellas desde la perspectiva de la sensiblería. Se exalta lo irracional, se exagera el yo y el ego. Se exalta la extrema libertad del hombre contra Dios que al final acaba encadenando al propio hombre, a un totalitarismo de sí mismo. Vivir libremente sin represiones ni tradiciones, escoger íntegramente el modo de existencia de cada uno desde el sentimentalismo y la emotividad: he aquí el hecho social y cultural más significativo de nuestro tiempo.

Se abandona la razón y la tradición de las virtudes para lanzarse hacia el relativismo. La moral queda regida por el emotivismo, por la idea de que toda elección moral es solamente expresión de lo que los sentimientos de cada persona consideran correcto. Este emotivismo relativista no solo ha reemplazado a la fe, sino que duda de que la virtud misma exista. La cultura occidental ha sido desarbolada por el emotivismo y por el individualismo que ha fragmentado la sociedad y nos ha alejado de la tradición, por lo que se ha hecho imposible una fundamentación moral a partir de los grandes relatos.

La virtud moral queda resumida en ser sincero o coherente con esas pasiones. Lo que significa evitar cualquier coacción externa o interna contraria a esa autenticidad. Y sobre todo la utilización de la palabra libertad hasta viciarla. Se va dejando de valorar una libertad que ayuda a discernir moralmente en la búsqueda de la verdad y se va desarrollando más un concepto de libertad que permite al hombre desvincularse de todo cuanto lo limita, exaltando todas las pasiones que más le deshumanizan. Todo ello en aras de una individualidad soberana, autónoma e independiente de todo¹⁷.

b) Individualismo radical

La cultura descristianizada es un vector de ampliación del individualismo que anula los puntos de referencia y aboga por una cultura personalizada hecha a medida. Un individualismo que degenera en la beatificación del antojo que a la larga conduce a la tristeza y a la soledad. Un adoctrinamiento en el «vive como quieras y aprovecha el presente» sin ningún tipo de planteamiento moral ni trascendental.

Es un individualismo radical que va produciendo una pérdida de sensibilidad social que impide ver el horror de la cultura de la muerte. Se va habituando insensiblemente a mirar todas las cuestiones, hasta las más graves, a través de un espejo de superficialidad deshumanizante. Porque lo único que le interesa al individualista radical es satisfacer su ego narcisista y su deseo de expresarse sea cual fuere la naturaleza del «mensaje»: es el placer narcisista y el derecho de expresarse para nadie y para todos a la vez, para sí mismo, comunicar por comunicar mediante el altavoz de las redes sociales.

Se produce una secularización de los individuos que se unen con vínculos muy débiles que dan lugar a unas peores condiciones de vida, porque el nuevo proceso de personalización reduce o elimina los marcos delimitados y coercitivos. Solo importa en ese proceso la libertad de la persona individual, su bienestar personal y su interés propio. Es el culto a la espontaneidad y la cultura que estimula a «ser más uno mismo».

En el subjetivismo individualista, es la razón emotivista la que construye la verdad: es la sumisión del objeto a lo que venga en gana al sujeto. El sujeto se transforma en el centro de todas las cosas. Se produce un debilitamiento del nexo entre el yo y el otro. La escasa alteridad y empatía genera personas individualis-

¹⁷ El escritor José María Pemán acertó casi proféticamente cuando escribía: «La historia, rota en biografías, corre el peligro de atomizarse en anécdotas sin una coherencia moral y conceptual», PEMÁN, J.M., *Obras Completas* Tomo V, p. 891.

tas, y por lo tanto, profundamente solas. Para el individualista radical el ideal de vida solo puede venir de él mismo, pero al ver que es incapaz de cumplir y saciar las aspiraciones vitales solo desde el ego, se genera en el individuo angustia y resentimiento ante la vida.

El individuo es arrastrado a rechazar la esencia inmutable de las cosas, para él no hay naturaleza de las cosas, no hay naturaleza humana estable regida por leyes definitivas. Se rechaza por tanto la herencia y la tradición porque la soberbia individualista quiere empezar a cada instante una personal revisión de todo, todo ha de ser reinventado y transformado. No se preocupa más que por la «novedad». Posturas vistosas por encima de todo.

También se infravaloran los vínculos tradicionales o se rechazan directamente como son, la familia, la nación, la Iglesia..., que son vistas con desconfianza si no con horror. Sin embargo como la soledad ultraindividualista no es soportable para el ser humano, se produce una resocialización simbólica, es decir, el individualista contemporáneo se crea vínculos en nuevas tribus y colectivos. Así el sexo, la raza, la orientación sexual sustituyen a la familia, la Iglesia y la nación como comunidades en las que guarecerse de la intemperie existencial que sufren.

No pudiendo llenar sus vidas en los vínculos tradicionales, el hombre posmoderno busca el calor humano en el colectivo abstracto de mujeres, minorías sexuales o raciales¹⁸. En sociología lo denominan *neo-tribalismo*¹⁹, nuevos grupos en los que colmar el deseo de expresión subjetivista e individualista y la expansión del yo. Necesidad de agruparse con seres «idénticos» con los que liberarse, solucionar sus problemas de identidad y exigir nuevos derechos.

Pero entre pertenecer a las comunidades necesarias (familia, patria, religión...) y la pertenencia a esas nuevas tribus-colectivos raciales-sexuales hay un abismo. La primera pertenencia es activa y constructiva, requiere virtud y esfuerzo. Mientras que la segunda pertenencia es pasiva, no impone deberes ni llama a la autoexigencia, sino a la autocompasión, a la reivindicación por la reivindicación y al victimismo.

En la pertenencia familiar-nacional-religiosa, el sujeto es convocado a una misión, a sacrificarse, a mirar más allá de sí mismo. En la pertenencia racial-sexual, en las *neo-tribus* es instigado a la queja estéril y al victimismo. Pero en una sociedad de pertenencias precarias, de falta de estímulos, de desorientación refe-

¹⁸ Idea desarrollada más ampliamente en: CALVO ZARRAUTE, G., *De la crisis de fe a la descomposición de España*, Homo Legens 2021.

¹⁹ MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria 1990.

rencial, la pertenencia a este tipo de colectivos carismáticamente guiado, se convierte en un apetecible espejismo al que agarrarse como un clavo ardiendo.

Uno de los síntomas objetivos de decadencia es ver cómo se van deteriorando entre las nuevas generaciones las identidades familiares, nacionales o religiosas a favor de vínculos débiles que buscan una nueva identidad en colectivos incapaces de crear futuro y estabilidad. Es la crisis de la paternidad que se constata en el nuevo modelo de familia desestructurada, en la que cada vez es más frecuente la disolución del rol de padre.

La fractura de este modelo familiar ha generado una sociedad sin padres, sin referentes de autoridad ni vínculos con la tradición. Desde el punto de vista psicológico, una persona sin vínculos filiales fuertes está condenada a vagar por el mundo en busca de una identidad, de unas raíces desde las que formarse, y por supuesto, son más susceptibles de enfermedades anímicas²⁰.

El individualista radical se diviniza a sí mismo como realidad suprema, como objeto último de adoración. Llega a proclamar que su dios es el cuerpo. Se trata de una señal inequívoca de la pérdida del sentido sobrenatural de la existencia y por consiguiente, de deshumanización.

Es palpable cómo el crecimiento económico o material no se traduce en unas mejores condiciones de vida. Una gran crisis puede coincidir con un desarrollo técnico. No es incompatible que hoy día se produzca un profundo deterioro moral, inédito en sus dimensiones, con los continuos avances técnicos. «¿De qué le sirve al hombre tanto progreso mecánico si luego se ahoga entre ellos?»²¹.

La adicción a los teléfonos móviles ha influido notablemente en el desarrollo de este individualismo radical y ha contribuido a agilizar el proceso de descristianización. Una adicción que va creando seres incapaces de reflexionar, pegados siempre a una pantalla y sometidos a sus continuos estímulos, seres que miran pero no piensan. Sometidos a un bombardeo incesante de imágenes que, poco a poco, van erosionando su capacidad de raciocinio y discernimiento.

En un mundo cada vez más lleno de estímulos artificiales resulta muy difícil fijar la atención el tiempo suficiente para profundizar en algo. Se vive en un zapping perpetuo en que ya a algunos nativos digitales les cuesta concentrarse para leer un libro o ver una película sin tener que coger el móvil cada diez minutos.

Estar siempre disponible en el teléfono móvil se ha ido convirtiendo casi en una obligación social que se ha ido normalizando sin apenas darnos cuenta.

²⁰ TAYLOR, CHARLES, *Fuentes del yo*, Barcelona, Paidós 2006, p. 64.

²¹ PEMÁN, J.M., *Obras Completas* Tomo V, p. 892.

Hecho este que ha favorecido la aparición de la adicción en las personas que no pueden desconectarse y sufren ansiedad si por algún motivo no pueden estar pendientes de las nuevas tecnologías²². Es como una especie de temor a estar perdiéndose algo, una dificultad para vivir desconectados.

En la adicción a lo digital, los datos objetivos terminan siendo desplazados por la mera propaganda, del mismo modo que las *fake news* sustituyen a las noticias contrastadas. En los temas de religión esto está a la orden del día, fomentando cada vez más entre los más jóvenes el rechazo a todo lo eclesial. A ello se le suma la escasa presencia de un testimonio positivo eclesial en dichos medios. Y para las nuevas generaciones, todo lo que no pueda ser visto en los medios digitales no existe.

La adicción a las nuevas tecnologías va fabricando una sociedad teledirigida, una masa de individuos solitarios, una sociedad atomizada. El resultado final es un pueblo debilitado que pierde hábitos de sociabilidad y hábitos comunitarios porque «todo nos llega de manera tan repentina y exige tan poco de nuestro cuerpo y de nuestra imaginación que sospecho que hay un proceso de sedimentación de las experiencias, los anhelos, las intuiciones, que servían para algo muy íntimo nuestro y que antes hacíamos de manera inconsciente y ahora está asfixiado. Todo se sucede rápido a través de pantallas de teléfonos, hasta el amor, que parecen sucedáneos o ensayo de lo real»²³.

El discurso oficial es tan simplista como incompleto y falso, pero cala en la masa social cada vez menos reflexiva. Las nuevas tecnologías están llevando a prescindir de los libros y a quedarse en informaciones puntuales, inconexas y epidérmicas a las que falta la armadura del pensamiento.

Esta nueva adicción promueve la excesiva preocupación por la apariencia y la superficialidad, y parece más interesante lo que se ve a través de las pantallas que lo que existe en la misma realidad. Porque la realidad virtual puede moldearse y transformarse al antojo del ego. Muchos se refugian en las tecnologías para no tener que enfrentarse a relaciones reales. «En el fondo lo que se esconde en este tipo de comportamientos es un reclamo en el interior de la persona que grita y pide ser amada»²⁴.

²² Es un hecho constatable en muchos centros educativos en los que al alumno le cuesta mucho concentrarse y no mirar el teléfono y sus redes a cada rato. Es la batalla de cada día en muchas aulas.

²³ BÁRBARA MINGO COSTALES, *El contacto instantáneo*, Revista Claves, N° 281, p. 48.

²⁴ ARCUSA, GLORIA, *Narcisismo: ¿Una nueva patología en nuestra sociedad actual? La búsqueda de la propia identidad a través de las redes sociales*. Trabajo fin de grado en Psicología, Universidad Abat Oliva Ceu, 2015, p. 10.

Es la lucha por los *likes*. Se mendiga ante un gran número de desconocidos ser aceptados y queridos, ser reconocidos. Es la referencia exclusiva a sí mismo, un completo egocentrismo que lleva al narcisista usuario a estar dominado por la necesidad de ser admirado por los demás. Las relaciones de este tipo de individuos, cada vez más comunes, con los demás tienen carácter parasitario, necesita utilizarlos y disponer de ellos. Es la superficialidad, la vaciedad y la falta de sustancia detrás de brillantes fachadas modeladas²⁵.

Y es mediante la adicción a lo digital que padece gran parte de la sociedad por donde se cuele la propaganda, el márketing cultural y educacional de la contracultura. Las técnicas de control social despliegan dispositivos cada vez más sofisticados y «mundanos» que van calando en el individuo sin este apenas percibirlo²⁶. Propaganda de gran poder expansivo y de una debilidad intelectual que, incapaz de desarrollarse en debates o en desarrollos periodísticos, lo hace en los breves caracteres de la red social Twitter²⁷. Se limita la comunicación produciendo así un distanciamiento de lo real y un empobrecimiento del vocabulario y de las facultades racionales.

c) Nihilismo

Decía Pascal en sus *Pensamientos*: «Nada es tan insoportable para el hombre como estar en pleno reposo, sin quehacer ni diversión. Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío»²⁸.

Del nihilismo, como del caos, no sale algo, sino la nada. La mentalidad nihilista solo cree en los impulsos inmediatos de la vida y en su constante evolución sin nada que permanezca. Detrás de esta involución antropológica hacia el

²⁵ «El narcisismo constituye una nueva forma de increencia, tal vez la más característica en los medios juveniles. Sociológicamente se suele caracterizar el narcisismo como persona con la única ley de satisfacción de sus deseos, desgajada de valores sociales y morales, emancipado de toda referencia trascendental. El narcisista se siente frustrado, frágil y necesariamente insatisfecho, teme el compromiso estable, rechaza toda referencia a valores permanentes, vive en la cultura del deslizamiento y se instala en la indiferencia pura, vive en la apatía por sobreestimulación». VELASCO, JUAN MARTÍN, *Increencia y evangelización. Del diálogo al testimonio*, Sal Terrae, Santander 1988, pp. 60-61.

²⁶ «Poderes cada vez más penetrantes, “benévolos”, invisibles, individuos cada vez más atentos a ellos mismos, débiles y sin convicción», LIPOVESTSKY, G., *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo moderno*.

²⁷ Cada vez se lee menos y se compran menos periódicos. El nativo digital ni siquiera ve ni escucha los informativos. Su única fuente de información es su teléfono móvil.

²⁸ PASCAL, *Pensamientos*, Alianza 2015, p. 201.

nihilismo, anida un concepto de libertad entendida como autodeterminación, es decir, una libertad que no acepta el orden del ser, que no se atiene a la verdad de la realidad humana y se cree capaz de reconfigurarla a su gusto. «Una libertad que promete endiosar al hombre, aunque solo lo animaliza»²⁹.

Se sustituye lo sobrenatural por el hedonismo y por la diversión a todo trance. Cualquier insinuación al silencio, a la interioridad, a la reflexión profunda molesta y aburre. El nihilismo promulga un hombre consumista y un hombre festivo, que festeja la fiesta por la fiesta misma desde una frivolidad en la que ya no importa el nombre o el pretexto cultural o religioso de dicha fiesta.

El hombre contemporáneo acaba creyendo que es feliz en esa rueda hedonista-nihilista que le rodea y es capaz de acostumbrarse a ello. El sujeto queda así instalado en una determinada forma de vida que puede hacer muy difícil el surgimiento de la inquietud interior y la pregunta religiosa de unos presupuestos existenciales para que la Trascendencia pueda ser conocida o reconocida, así como también la falta de unas predisposiciones morales.

La apatía de razonar se manifiesta a todas horas en la eliminación de aquello que cuesta trabajo comprender. Ante esto, surge una gran parte de la sociedad contemporánea masificada, consumista y desarraigada de todo el mundo de la fe, de la cultura y de los principios, y que solo avanza por los cauces del nihilismo. Se va consolidando una población anestesiada por la demagogia a la que le cuesta cada vez más los argumentos racionales. Una masa guiada por estereotipos muy simples y sectarios.

Incluso el ámbito de la cultura y del cine, que conoció un tiempo de oro, ahora ha perdido originalidad y se apoya casi en exclusiva en remakes de éxitos anteriores, sagas interminables o en adaptar una y otra vez los mismos comics pero desde unos parámetros menos exigentes culturalmente, con tramas muy simples y chistes burdos y fáciles para que los nuevos espectadores puedan entenderlos. Al faltar la cultura falta el pensamiento y sin él resulta muy evidente el «todo vale». Lo que vale es lo cómodo, lo fácil. Se rechaza el valor del intelecto.

«Cuando la gente deja de creer en Dios, no cree en la nada, sino que cree en cualquier cosa», decía Chesterton. Hoy comprobamos que toda ausencia de Dios es suplida por una innumerable pululación de dioses menores y mediocres.

Se consolida entre nuestros contemporáneos más jóvenes una vida espiritualmente vacía y sin trascendencia, que tarde o temprano desemboca en el hastío.

²⁹ CALVO ZARRAUTE, G., *De la crisis de fe a la descomposición de España*, Homo Legens 2021. p. 405.

Vuelvo a citar a mi admirado escritor Jose María Pemán, por lo que tuvo de acertado profeta: «No hay martirologio más desolador que el de esos mártires sin fe. Almas hambrientas de un “más allá”, se lanzan en busca de él; pero como carecen de una revelación que dé perfil y figura a ese “más allá”, han de improvisárselo ellos mismos entre las brumas de su anhelo inconcreto [...] Para servir a Dios, servir a Ese del Amor y no a esos diosillos infatuados, esquirols de la Divinidad que exigen tal cantidad de entrega, de sacrificio y de dolor. Para ser cochero –suelen decir los andaluces– serlo de un marqués»³⁰.

Parece como que ya nada logra hacer feliz, por ello no es de extrañar que la sociedad contemporánea, incapaz de encontrar sentido a la vida, se sumerja en la angustia ante la enfermedad y la muerte entrando en una espiral de la que resulta muy difícil salir. Es como una atrofia del hombre interior, una impotencia de la interioridad porque se vive exclusivamente hacia afuera.

Se acentúa la perplejidad y el desarraigo, el desvanecimiento de las creencias firmes. Se trata de un nihilismo a menudo inconsciente que contagia a los jóvenes creando una mentalidad de individuos agotados, fracasados y deprimidos. La sociedad del cansancio, como la ha bautizado algún ensayo³¹.

El nihilismo recurre a la ironía y a la caricatura deformadora de lo que hasta entonces era considerado sagrado. Así lo demuestran cada día los medios dirigidos a audiencias de masas como son la televisión y más concretamente Internet, donde proliferan diariamente la indignación, la burla, la caricatura... Y al ser erradicado el conocimiento y el respeto por lo sagrado y lo trascendente, no existe nada sobre lo que edificar la existencia personal y la conducta. De tal forma que cada sujeto se erige en ley para sí mismo. Se vive sin objetivo ni sentido. «La propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia indiferente al sentido puede desplegarse sin patetismo ni abismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores. Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero a nadie le importa, esta es la *alegre* novedad»³².

Y este escepticismo radical es aprovechado por los Estados para erigirse como autoridad suprema e invadir cada vez en mayor medida los ámbitos de la vida privada de la persona. Cuando no existe ninguna otra forma en el horizonte ético, es el Estado la totalidad ética que actúa. Algo que es obviado por el individuo siempre y cuando pueda dedicarse al consumismo y al hedonismo.

³⁰ PEMÁN, J.M., *Obras completas* T. V, Escelicer, p. 909.

³¹ BYUNG-CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*.

³² LIPOVETSKY, GILLES, *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo moderno*.

El nihilista contemporáneo concibe la libertad como negación de un orden metafísico estable e inmutable, como una libertad desvinculada de la verdad intelectual y del bien moral. Y la eutanasia sería la fase final de esta nueva libertad autodeterminada, que primero despoja al hombre de Dios, después lo priva de su naturaleza para arrastrarlo hacia un vacío perfumado por el disfrute de placeres y consumismo, y cuando aparece en escena el sufrimiento al que no puede darle ninguna respuesta y esos placeres se convierten en desesperación y angustia, se demanda la eutanasia³³.

La eutanasia hoy representa la máxima expresión de la incapacidad de la sociedad posmoderna de comprender y aceptar el sufrimiento. Manifiesta la pérdida del sentido de la vida alcanzada por la sociedad actual. Una sociedad que se caracteriza por la negación de cualquier tipo de esperanza, ya no solo trascendental sino ni tan siquiera humana. De ahí la cultura de la inmediatez, de lo momentáneo, del presentismo. Es por lo que: «la Esperanza se ha hecho urgente porque hay que tener en cuenta que la humanidad ha encontrado ya el modo técnico de destruirse a sí misma»³⁴.

La cultura nihilista conlleva la ruptura y la guerra sin cuartel contra cualquier forma de autoridad, norma o principio que no provenga de su propio consenso, libertad y sensibilidad, que se traduce en un relativismo antropocéntrico que rompe con toda frontera religiosa, familiar, moral, cultural o nacional.

Y por ende, el nihilismo rompe con la verdad, con lo que eso tiene de consecuencias. Así lo advertía Ratzinger: «Cuando el hombre pone su capricho, su orgullo y su comodidad por encima de la exigencia de la verdad, todo se pone patas arriba: se deja la auténtica adoración y se adoran las imágenes, la apariencia y la opinión dominante, que logra autoridad sobre los hombres. Lo antinatural se torna normal. El hombre que vive contra la verdad vive también contra la naturaleza. Su fuerza creadora no se encamina ya hacia el bien, sino que se torna genialidad y refinamiento para el mal. Las relaciones entre hombre y mujer, padre e hijos, se disuelven, obstruyéndose así las fuentes de la vida. Ya no domina la vida, sino la muerte: se establece una civilización de muerte»³⁵.

En la triunfante cultura del consumismo, el hombre no puede percibir el sentido histórico, social y trascendente de su destino vital. El excesivo consu-

³³ «Es un trastorno que consiste en entender que la vida solo es rica, desalienada y bella cuando se vive y se hace exclusivamente lo que produce placer y lo que se nos ocurre. La psicología nos dice que lo más opuesto a la esencia del hombre, lo que hace de él un enfermo y lo enfrenta consigo mismo es la falta de esfuerzo, de exigencia y de resistencia», J. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, Rial, p. 205.

³⁴ PEMÁN, J.M., *Obras completas*, Tomo VII, p. 606.

³⁵ RATZINGER, J., *Cooperadores de la verdad*, Ediciones Rialp 2021, p. 258.

mismo busca paliar tantos vacíos. Se intenta conformar la identidad del propio yo a través de lo material³⁶. El consumismo actual se caracteriza por sustituir las personas por objetos para mediante su uso estabilizar los sentimientos de valoración propia. Así como muchas relaciones personales también tienen esta característica consumista en sus fines y medios.

Es una sociedad incapaz de un sobreesfuerzo para salir de su reflexión ombligista y ver las consecuencias antropológicas, sociales, mentales y políticas de su vacío interior. No da tiempo a procesar, no hay espacio para ello en medio de un bombardeo de informaciones dispersas a gran velocidad. Tan pronto se ha registrado el acontecimiento, se olvidó a la llegada de otro aún más espectacular. A la larga, la indiferencia. Indiferencia por exceso de información dispersa, saturación y aislamiento³⁷.

La cultura popular, antes transmisora y referente cultural, pasa a ser una escombrera de la zafiedad. Prueba de ello es la televisión o el creciente nihilismo e indiferentismo que van transmitiendo algunas nuevas series. Una nueva cultura que exalta lo grotesco, lo feo, lo zafío, lo fácil... , que desemboca en pasión, visceralidad y finalmente en pura irracionalidad. Así «la inteligencia, cuando es estúpida, es capaz de alentar y multiplicar el mal, tanto el individual como el social»³⁸.

d) Indiferentismo

El posmodernismo ha popularizado el escepticismo de los sofistas griegos. A efectos prácticos no existe ninguna verdad, todo queda reducido a la mera opinión. Algo muy cómodo para la construcción de una ética basada en anteponer el propio apetito a cualquier otra consideración.

Se devalúa la razón y triunfa la percepción personal, una «verdad» a la medida de cada cual. El objetivo del indiferentismo es abolir la verdad. No existe la verdad como concepto, sino diferentes perspectivas. El hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas.

³⁶ Idea desarrollada más ampliamente en el trabajo fin de grado: *Narcicismo: ¿Una nueva patología en nuestra sociedad?* De Gloria Arcusa.

³⁷ «Ese nihilismo angustioso también significa el ansia insatisfecha en el hombre actual. La angustia contemporánea es una tristeza humana en torno de la incertidumbre temporal y política», PEMÁN, J.M., *A la luz del misterio*, Edibesa 1997, p. 118.

³⁸ CASTIGNANI HUGO, *Estupidez y banalidad, problemas de nuestro tiempo*, Revista Claves, nº 281, p. 20.

La condición humana es el mayor misterio para el hombre y dado que resulta una realidad abrumadora, en esta sociedad del espectáculo se procura la diversión evasiva. Es la era de los analgésicos que adormecen la conciencia. Se va creando un proceso de abandono e indiferencia ante el rechazo de todo lo estable. Es una indiferencia radicalizada que instala a los sujetos en la falta casi absoluta de curiosidad, atención, interés y aprecio por lo religioso.

En relación con la clásica postura en que se sitúa el individuo ante el hecho religioso, o sea, creyente, ateo o agnóstico, aparece hoy la cuarta categoría, la indiferencia. La indiferencia constituye el grado más elevado de alejamiento, ya que el indiferente no niega nada, no afirma nada y tampoco es que dude. Es la ignorancia sistemática del «me da igual».

Así lo describe portentosamente Juan Martín Velasco: «Es un adormecimiento universal de las facultades morales, una privación absoluta de ideas sobre lo que más importa conocer al hombre, falta de curiosidad hacia lo religioso, de atención a su existencia y sus formas, insensibilidad a sus contenidos y falta de aprecio hacia el valor que representa. Es la “tumba de la inteligencia”, desinterés ante cualquier tipo de significación de la vida que desemboca en la evasión de sí mismo mediante el divertimento sistemático»³⁹.

El hombre indiferente vive su vida sin ningún apoyo trascendente, ante lo cual aparece la vulnerabilidad. El indiferente que rechaza valores, normas, religión... esta desarmado, seco interiormente, por ello cualquier problema personal que le sobrevenga adquiere proporciones desmesuradas. Es la preocupación actual que detectan los especialistas por la tan ansiada *salud mental* cada vez en edades más tempranas. Hoy es constatable esta patología de masas que es la generalización de la depresión.

De esta forma la sociedad como masa va perdiendo progresivamente su calidad de resistencia ante las imposiciones ideológicas y se va debilitando a base de comodidad. Porque eliminando el centro de la realidad que es Dios, vienen a ocupar ese centro otras realidades como el Estado, la colectividad... La comodidad es el regalo a cambio de renunciar a la libertad, a su propio crecimiento interior como personas. A cambio de desarrollar un espíritu crítico y una inteligencia espiritual, se le oferta a la sociedad masa la comodidad del bienestar fácil y del consumismo hedonista. La comodidad es clave como recompensa por el sometimiento⁴⁰. La apa-

³⁹ VELASCO, JUAN MARTÍN, *Increencia y evangelización. Del diálogo al testimonio*, Sal Terrae, Santander 1988, p. 44.

⁴⁰ CALVO ZARRAUTE, G., *De la crisis de fe a la descomposición de España*, Homo Legens 2021, p. 550.

tía y la indiferencia de la sociedad hacen posible la aceleración de todas las imposiciones del capitalismo moderno.

La raíz de este totalitarismo moderno hay que verla en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana. De ahí el rechazo cada vez más notorio de las instituciones por una educación integral en la que se incluya la inteligencia y la dimensión espiritual. Como afirma el profesor Jose Manuel Castro, se trata de una «dimensión silenciada durante largo tiempo»⁴¹.

Con el pretexto de no dejar atrás a ningún alumno, en la educación se ha sacrificado el rigor, la exigencia, el cultivo de la memoria y de la lectura exigente y de la inteligencia espiritual. Hoy los malos estudiantes y alumnos ya no existen, ahora son niños con problemas o casos sociales ante los que todo es justificable y se les debe liberar de todo lo que suene a esfuerzo, mérito, constancia... Los nuevos pedagogos establecen un lenguaje eufemístico y tranquilizante en el que lo único importante es que el alumno sea feliz y no se aburra en el aula. Hay que innovar a cualquier precio.

Ante esta razón tan débil y el nulo procesamiento crítico del bombardeo informativo, la masa social se traga a pies juntillas el sectarismo antirreligioso de los medios de comunicación y del sistema educativo, conformando así una de las sociedades más anticlericales de occidente. Un poder tan fuerte que reduce a los católicos a un colectivo débil y acomplexado.

La ignorancia de la filosofía y de la teología significa la ignorancia de la historia y la ignorancia del pasado. Se da una indiferencia a todo lo que se relacione con el propio país: su cultura, lengua, literatura, tradiciones...

4. RETOS

La Iglesia y la Teología no están para decirle al mundo lo que quiera oír, sino lo que necesita escuchar. A veces inconscientemente transmitimos una fe que se va diluyendo en un humanismo horizontalista con pinceladas de trascendencia indefinidas. La Iglesia es la roca firme que traspasa los tiempos y la historia porque se asienta en Dios y no en los hombres⁴².

⁴¹ CASTRO CAVERO, JOSÉ MANUEL, *Aproximación a la inteligencia espiritual*, ISTIC, Gran Canaria 2012, p. 27.

⁴² Como afirma Fulton Sheen en su *Vida de Cristo*: «Casarse con una época es quedarse viudo a la siguiente. La Iglesia nunca se ha adaptado del todo a los tiempos en que ha vivido, porque de haberlo hecho habría perecido con ellos».

Es cierto que ante grandes crisis de fe como la actual, resulta una tentación aliarse con las modas como intento de cierta presencia complaciente, pero esto sería un gran error porque las modas están condenadas al inexorable fluir del tiempo y lo que hoy es nuevo mañana es viejo.

El creyente está llamado a ser sal y a convertirse en piedras vivas de un templo que va más allá de modas, tendencias o vanguardias morales. Creemos en verdades eternas que son tan bellas y eternas que nadie puede destruirlas. El mandamiento nuevo del Amor, siempre será nuevo porque es como si siempre estuviera por estrenar, nunca se logra del todo su auténtico cumplimiento, por el contrario es un llamamiento constante y vivo que traspasa épocas, modas y nuevas sensibilidades. No hay verdadera fraternidad fuera de la caridad cristiana. Y la Iglesia habla silenciosa a través de él porque es una verdad que está más allá de las palabras.

Nuestra tarea consiste en exponer lo eterno en el lenguaje de nuestra época. Ello no debe llevarnos al rechazo o tergiversación de la Tradición para forzar cierta complacencia con los presupuestos posmodernos. Así como evitar transmitir una fe en exceso emotivista, sentimental y egocéntrica. En este aspecto se hace necesario volver a recordar los dogmas de la fe, que ayudan a soportar, potenciar y perfeccionar el ejercicio de la razón. Y a la vez hacer un uso de la inteligencia de la fe que exige dejarse interpelar por las críticas del cristianismo que suponen las distintas formas de increencia actual⁴³.

El hombre no necesita una religión que le diga que él tiene razón, sino una religión que tenga razón cuando él esté equivocado. Dicho por boca de Chesterton: «La Iglesia Católica es la única cosa que preserva al hombre de la esclavitud degradante de ser hijo de su tiempo»⁴⁴.

La historia de la salvación es la historia del mundo leída en profundidad. Porque el cristianismo es la religión histórica por excelencia, en la que Dios ha entrado en la historia con la encarnación del Verbo. En esta sociedad actual debemos descubrir los creyentes un signo de los tiempos a través del cual Dios puede estar dándonos una señal de su paso por nuestra historia.

En todas las épocas históricas siempre ha rondado la crisis, algunas más intensas que otras. Un ejemplo de un tiempo de crisis absoluto fue el Concilio de Trento, en el que la Iglesia da la batalla ante el embate del protestantismo. No se

⁴³ «La fe es ante todo, el orden de la razón, algo sin lo que esta pierde la medida y la capacidad para juzgar acerca de sus fines», J. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, Rialp, p. 274.

⁴⁴ CHESTERTON, *Ortodoxia*, Acantilado 2013.

siente en absoluto acomplejada por las pérdidas que ha sufrido en Europa, sino que sale de la prueba fortalecida, con una confesión más clara, precisa y valiente de su fe⁴⁵.

La fe católica siempre representa un desafío radical a cualquier poder que haga reclamos absolutos por sí mismo. Y en la increencia actual de nuestra sociedad se nos muestra la crítica a muchas de nuestras formas de hacer presente la fe, de educarla, de comunicarla, de cultivarla... Puede ser una llamada a corregir la deficiente o falaz imagen de Dios que los creyentes hayamos podido ofrecer en ocasiones, siempre que no hemos sabido transparentar la forma de vivir, los valores o las instituciones establecidas por los creyentes.

Ante el fenómeno de la decadencia del sentido cristiano, no hay más que una solución, la de insistir en la máxima realización de la vida cristiana, sin miedos de lo que se diga o de lo que pase, sin concesiones a reprochables modas, sin restricciones en la fe y en la moral. Frente a un mundo en decadencia hay que dar la cara. Como lo afirmaba elocuentemente el apóstol Pablo cuando le decía a Timoteo: «insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende y exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir. Porque vendrá un tiempo en los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que para halagarse el oído, se rodearán de maestros a la altura de sus deseos, y apartarán los oídos de la verdad»⁴⁶.

Así lo afirma el papa emérito en su autobiografía *Una vida*: «La sociedad contemporánea está en medio de la formulación de un nuevo credo anticristiano y si uno se opone es castigado por la sociedad con la excomunión. La verdadera amenaza para la Iglesia reside en la dictadura mundial de ideologías aparentemente humanistas, en el triunfo de la ideología relativista, que excluye a quienes tienen una concepción diferente a la dominante»⁴⁷.

El fin de la historia debe ser que el hombre sea plenamente hombre. Construir un orden espiritual que trascienda el valor relativo del mundo, que sea capaz de superar las fuerzas de desintegración y destrucción que existen en nuestra civilización. La fe es capaz de purificar y elevar los valores y sentimientos instintivos del ser humano. Es de vital importancia la enseñanza de las

⁴⁵ «El catolicismo ha peleado siempre con las herejías en su mismo terreno. Con la Reforma peleó “reformándose”, con el modernismo, “modernizándose”. Ahora, para pelear con el bloque ancho de los “sin Dios”, no es extraño que apele al ancho bloque de los que sencillamente en todo el mundo tienen un Dios», PEMÁN, J. M., *Obras Completas*, Tomo V, p. 915.

⁴⁶ 2 Tim 4, 2-4.

⁴⁷ RATZINGER, J., *Mi vida*, Ediciones Encuentro, p. 53.

virtudes, como afirma David Isaacs en *La educación de las virtudes humanas y su evaluación*. Cada vez es más frecuente en nuestra sociedad encontrarnos con personalidades muy frágiles debido a la falta de estructuras interiores, predomina una crisis de identidad que sitúa cada vez más a los individuos en la confusión. En muchos se da la paradoja de que estando acompañados se sienten solos y a la vez no soportan quedarse solos con ellos mismos. Nuestra tradición teológica y espiritual posee un caudal inmenso para una educación y fomento de la interioridad⁴⁸.

A este respecto se hace del todo necesario fomentar la inteligencia espiritual. Definida como el «énfasis en la atención a la dimensión interior de la naturaleza humana, a la tendencia integradora con el Todo y a la autorrealización, al reconocimiento del otro en su totalidad, al cuidado de los sentimientos, al valor de la contemplación, a la evolución de la conciencia y a la valoración de lo espiritual»⁴⁹. Se trata de potenciar desde la teología, la escuela, la formación, la catequesis, la inteligencia espiritual, que es «la facultad humana para tener aspiraciones profundas e íntimas, para anhelar una visión de la vida y de la realidad que integre, conecte, trascienda y dé sentido a la existencia»⁵⁰. Convertir la dimensión espiritual en el gran reto educativo de la época actual que logre paliar la sequía interior que hoy se padece⁵¹. El hombre tiene necesidad de contemplación, de detenerse contemplativamente. «Y una sola cosa es necesaria: la restauración de la vida interior. Fue siempre el consejo de los maestros del espíritu. Hoy es el grito de toda una generación angustiada»⁵².

En este aspecto, se debe volver a recordar que la Universidad nace en la Iglesia con la finalidad de descubrir la verdad profunda de Dios y del hombre, es decir, de construir una cultura cristiana conjugando razón y fe, filosofía y teología.

⁴⁸ «Se necesitan adultos que enseñen a mirar el propio interior, a fomentar la conciencia sobre la vida interna, que muestren con su testimonio que la propia existencia es valiosa y que salir de uno mismo para darse a los demás es una de las formas más grandes de amar y de ser feliz. Se necesita promover la reflexión más que la impulsividad, la interiorización y el conocerse verdaderamente a uno mismo», ARCUSA, GLORIA, *Narcicismo: ¿Una nueva patología en nuestra sociedad actual?* p. 47.

⁴⁹ CASTRO CAVERO, J.M., *Aproximación a la inteligencia espiritual*, ISTIC Gran Canarias 2012, p. 27.

⁵⁰ TORRALBA, F., *Inteligencia espiritual*, Barcelona 2010, pp. 51s.

⁵¹ «La fe impregna el corazón del hombre y, desde la profundidad del corazón, empapa el entendimiento y la voluntad. La fe exige una educación continua de la personalidad entera, una disposición a aprender durante toda la vida», J. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, Rialp, p. 238.

⁵² PEMÁN, J.M., *A la luz del misterio*, Edibesa 1997, p. 370.

Es el cristianismo el que engendra culturas, civilizaciones... Sabe adaptarse en lo accesorio y secundario, mientras afronta y transforma lo fundamental.

Desde sus inicios históricos el cristianismo es alternativa de regeneración intelectual y moral frente a todo lo corrupto e injusto. Lo fue para regenerar al pueblo hebreo tanto religiosa como moralmente, y significó lo mismo posteriormente para la refinada y decadente sociedad griega y romana durante la Edad Antigua. La Iglesia no destruyó el paganismo antiguo al sustituirlo por la fe, sino que preservó sus elementos naturales racionales más sanos, como la filosofía, la historia, la ética, el derecho, la poesía o la literatura, integrándolos en el cristianismo.

También lo fue para los rudos pueblos barbaros del norte de Europa durante la Edad Media. Y para los imperios precolombinos de América durante la Edad Moderna, y en el último siglo lo ha sido y sigue siendo para las diferentes tribus y etnias africanas en cada misionero que aporta dignidad, fe, sentido y civilización.

Ninguna empresa ha realizado tarea teológica tan grande como fue organizar y recoger todo el arsenal cultural de las distintas épocas e impregnarlo y organizarlo desde la perspectiva de la fe. Nadie ha realizado asimilación tan gigantesca como las que realizó desde la filosofía griega o del espíritu de la Reforma o de la inquietud social en la modernidad.

Hoy, ante una cultura dispersa y desorientada, nos urge la tarea de recuperar todo el poder de síntesis del cristianismo, que todo absorbe y mete en orden y jerarquiza lo que parecía más distante y huido. «Si Cristo vino al mundo y se hizo hombre, no puede haber ningún valor humano y mundano frente al cual el cristianismo no pueda decir “sí”. Imposible parecían algunos de esos síes y acabaron por pronunciarse. Si ahora reviviéramos los cincuenta años primeros de la tarea de santo Tomás, nos daríamos cuenta del inmenso escándalo que producía el mero intento de decirle que sí de algún modo a aquel diablo pagano que era Aristóteles. Si reviviéramos los años anteriores a Trento comprenderíamos lo difícil que parecía decirle que sí de alguna manera a la Reforma. Y Trento se lo dijo, y todos vivimos perfectamente instalados en un cristianismo “reformado” desde dentro»⁵³.

La teología posee un verdadero tesoro de fe e historia. Al ser la teología la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas. «La Verdad, que es una,

⁵³ PEMÁN, J.M., *Obras Completas* T. V, Escelicer, p. 905.

no puede caminar de otro modo más que así: absorbiendo variedad; encarnándose en las plurales creaciones de lo humano para redimir las»⁵⁴.

A los nuevos teólogos corresponde la tarea ingente de volver a integrar el velocísimo proceso temporal técnico y humanístico de costumbres fáciles en el sí de Dios al mundo. De algún modo, habrá que alcanzar un modo de cristianización cultural que vuelva a meter en síntesis, orden y jerarquía, como en otras épocas también se hizo. Queda todavía una gran cantidad de ciencia, inquietud y transformación social a la que hay que integrar en el sí de Dios. Un sí creador en el que descansa toda la realidad.

⁵⁴ PEMÁN, J.M., *A la luz del misterio*, Edibesa 1997, p. 350.